

1

Pasaban semanas en las que Ismay ni siquiera pensaba en ello. Pero entonces ocurría algo que se lo recordaba, o volvía en un sueño. Los sueños siempre empezaban de la misma manera. Su madre y ella subían por las escaleras detrás de Heather, que las conducía por el dormitorio hacia lo que había al otro lado y que en el sueño no era un cuarto de baño, sino una habitación con el suelo y las paredes de mármol. En el centro de la misma había un lago espejado. La cosa blanca del agua flotaba hacia ella con la cara sumergida y su madre decía absurdamente: «¡No mires!». Porque la cosa muerta era un hombre que iba desnudo y ella una chica de quince años. Sin embargo, ella había mirado y en los sueños volvía a hacerlo, pero lo que veía era el rostro ahogado de Guy. Había mirado el rostro muerto y, aunque de vez en cuando se olvidaba de lo que había visto, la imagen siempre volvía, los ojos sin vida que aún retenían el miedo, las ventanas de la nariz dilatadas no para inhalar aire, sino agua.

Heather no daba muestras de temor ni de ninguna otra emoción. Se quedaba allí quieta, con los brazos colgando a los lados del cuerpo. Llevaba el vestido mojado y la tela se le pegaba a los pechos. En aquel momento nadie dijo nada, ni en la realidad ni en los sueños, ninguna de ellas pronunció una sola palabra hasta que su madre cayó de rodillas y empezó a llorar, a reír y a farfullar disparates.

La casa era un lugar distinto a su regreso. Sabía, eso sí, que serían dos pisos independientes, el de arriba para su madre y Pamela y el de abajo para Heather y ella, dos pares de hermanas, dos generaciones representadas. Lo que no había entendido durante su último trimes-

tre en la universidad, a más de seiscientos kilómetros de allí, en Escocia, era que parte de la casa desaparecería.

La idea había sido de Pamela, aunque ella misma no sabía por qué. Pamela no sabía más que el resto del mundo sobre lo que había ocurrido. Había planeado y llevado a cabo aquellos cambios tan drásticos con toda inocencia y buenas intenciones. Le enseñó la planta baja a Ismay y luego la condujo al piso de arriba.

—No sé hasta qué punto Beatrix es consciente —dijo mientras abría la puerta de lo que había sido el dormitorio principal, la habitación que habían cruzado para encontrarse con el hombre ahogado—. No podría decirte cuánto recuerda. ¡Sabe Dios si se da cuenta siquiera de que es la misma habitación!

«Incluso a mí me cuesta reconocerla», pensó Ismay. La impresión la hizo enmudecer. Echó un vistazo casi con temor. Era una sola habitación ahora. La puerta del cuarto de baño había estado... ¿dónde? La cristalera del balcón había sido reemplazada por una sola puerta de cristal. El lugar parecía más grande, más parecido a la habitación de los sueños, y al mismo tiempo menos espacioso.

—Está mejor así, ¿verdad, Issy?

—Ah, sí, sí. Es que me ha impresionado. —Tal vez hubiera sido mejor vender la casa y mudarse. Pero ¿de qué otra manera iban a poder permitirse Heather y ella compartir un piso?—. ¿Heather lo ha visto?

—Está encantada con los cambios. No sé si alguna vez la había visto demostrar tanto entusiasmo por nada. —Pamela le enseñó los dos dormitorios que antes habían sido el de Heather y el suyo, la cocina y el cuarto de baño nuevos. Se detuvo en lo alto de la escalera, se agarró al pilar y se volvió a mirar a Ismay con expresión casi suplicante—. Fue hace nueve años, Issy, ¿o son diez?

—Nueve. Son casi nueve.

—Pensé que cambiar las cosas de esta manera os ayudaría a dejarlo atrás de una vez por todas. No podíamos seguir manteniendo cerrada esa habitación. ¿Cuánto tiempo hacía que no entraba nadie? Todos estos nueve años, supongo.

—Ya no pienso mucho en ello —mintió.

—A veces creo que Heather lo ha olvidado.

—Quizá ahora pueda olvidarlo yo —dijo Ismay, y bajó a buscar a su madre que estaba en el jardín con Heather.

El olvido no es un acto voluntario. Ella no había olvidado, pero aquella conversación con Pamela, así como el recorrido por su antigua casa renovada, habían sido decisivos para ella. Aunque aquella noche soñó con Guy ahogado, su modo de pensar fue cambiando paulatinamente y sintió que la carga que llevaba se aligeraba. Dejó de preguntarse qué había ocurrido aquella calurosa tarde de agosto. ¿Dónde había estado Heather? ¿Qué es lo que había hecho Heather exactamente... si es que había hecho algo? ¿Era posible que hubiera otra persona en la casa? Llevaba nueve años intentando esclarecer las cosas, conjeturando, especulando, y al final se preguntó por qué. Suponiendo que lo averiguara, ¿qué podría hacer con la verdad que hubiera descubierto? No iba a compartirla con Heather, no iba a vivir con Heather, ni a protegerla de nada, y mucho menos a «salvarla». Simplemente era una cuestión práctica. Eran hermanas y estaban unidas. Ella quería a Heather y sin duda Heather la correspondía.

Heather y ella en el piso de abajo, su madre y Pamela en el de arriba. La primera vez que Ismay vio a su madre en la nueva sala de estar, en el rincón que se había hecho con su radio, su taburete y el bolso que llevaba a todas partes, la observó para ver si su mirada aturdida y ausente se desviaba hacia el extremo de la habitación más radicalmente cambiado. No lo hizo en ningún momento. Era como si Beatrix no comprendiera que se trataba de la misma habitación. Heather la acompañó arriba cuando Pamela las invitó a las dos a beber algo y fue tal como ella había dicho. Su hermana se comportaba como si se hubiera olvidado, y hasta se acercó a la nueva puerta de cristal y la abrió para ver si llovía. La cerró, regresó y se detuvo a contemplar el cuadro que Pamela había colgado hacía poco en la pared, allí donde antes habían estado el toallero y el cuenco con jabones de colores de Beatrix. Irónicamente, lo único que recordaba que había sido un cuarto de aseo era ese cuadro, un grabado de Bonnard de una mujer desnuda que se secaba después de tomar un baño.

Si las demás podían olvidarlo, desecharlo, aceptarlo o lo que fuera, ella también debía hacerlo. Tenía que hacerlo. Casi estaba orgullosa de sí misma por hacer lo que la gente decía que había que hacer:

seguir adelante. La próxima vez que fue al piso de arriba para hacerle compañía a su madre mientras Pamela estaba fuera, se levantó, recorrió el suelo reluciente, cruzó por las dos alfombras, se detuvo frente a la mesa situada donde antes había estado la ducha y cogió un pisapapeles de cristal con dibujos de rosas. Lo sostuvo contra la luz y notó que el corazón se le aceleraba. Los latidos se calmaron, se volvieron rítmicos y lentos y, con toda intención, Ismay se volvió a mirar el lugar donde había muerto Guy.

Beatrix había encendido la radio y se había contorsionado como lo hacía siempre, inclinando el cuerpo a la izquierda para pegar el oído al aparato de manera que su cabeza casi se apoyaba en el estante. La mujer no dio muestras de haber notado dónde estaba Ismay y apenas correspondió con un gesto distraído la sonrisa de su hija.

Poco después ella encontró un empleo de relaciones públicas y Heather uno en restauración. Se llevaban bien, siempre había sido así. Además, hacía mucho tiempo que, de forma casi inconsciente, Ismay se había nombrado no la guardiana de Heather, eso nunca, pero sí su compañera. No para velar por ella, ni para «no perderla de vista», como decía la trillada expresión, sino sólo para estar ahí y observar. Cada vez que fue a casa, cada vez que se encontraron durante los cuatro años que habían pasado separadas, ella había prestado atención, había preguntado y escuchado lo que Heather tenía que decir. Nunca pensaba demasiado en el futuro, en la inevitable separación que algún día había de llegar. Tenía que suceder, o evitarse a cambio de un precio muy alto para ambas.

Aunque vivían juntas nunca hablaban de los cambios en la casa, y menos aún de lo ocurrido aquel día de agosto cuando ella tenía quince años y Heather dos menos. Si lo hicieran, Ismay tendría que hacer la pregunta que nunca había formulado. Cada una de ellas pagaba su parte del alquiler a Beatrix. De eso vivía.

Transcurrió un año y la mitad de otro. Ismay se enamoró. A Pam, que escuchaba, y a su madre, a quien nunca parecía importarle nada y daba la impresión de que ni siquiera lo oía, le describió la situación diciendo que se había enamorado hasta los tuétanos. No había exis-

tido pasión semejante a la que ella tenía por Andrew Campbell-Sedge. Heather también escuchaba pero no tenía nada que decir a cambio. Las aventuras amorosas de Heather, si es que había tenido alguna, debían de haber sido breves, superficiales y tibias. Apenas hablaba en presencia de Andrew e Ismay sabía por qué. Heather se mostraba callada con las personas que no le gustaban, pero en este caso había algo más.

Andrew se parecía a Guy. Era el mismo tipo de hombre. Podría haber sido el hermano menor de Guy. ¿Acaso era por este motivo que ella lo amaba y Heather no lo quería? La noche que lo entendió, Ismay volvió a tener el sueño, pero era el rostro de Andrew el que vio bajo el agua clara de un verde pálido.

2

Cuando Edmund llegó a casa después del trabajo, Marion estaba allí. Era la segunda vez aquella semana. Su madre dijo: «Marion se ofreció amablemente a hacerme la compra, de modo que le pedí que se quedara a comer con nosotros. Sabía que te alegrarías».

¿Lo sabía? ¿Y por qué lo sabía? Que recordara, él nunca había expresado ninguna opinión sobre Marion, aparte de comentar, hacía ya unos meses, que para él era un misterio que las mujeres se tiñeran el pelo de ese tono oscuro de carmesí tan poco natural. Ella le sonrió, se sentó a la mesa y empezó a charlar con su habitual entusiasmo sobre los ancianos a los que visitaba y a los que le encantaba ayudar —«Todos nos haremos viejos algún día, ¿verdad?»—, sobre el Servicio Nacional de Salud y la operación de cadera aplazada de su difunta madre y sobre sedantes, analgésicos y medicina alternativa. Ella creía que ésa era la «especialidad» de Edmund y quería caerle bien. Después tendría que acompañarla a la estación. Que estaba muy cerca, al pie de la colina, pero él no podía dejar que Marion anduviera sola por las calles oscuras. Ella iría todo el camino conversando sobre lo maravillosa que era su madre pese a sus problemas de salud.

Su madre había servido aguacates con gambas seguidos de espaguetis a la carbonara.

—Absolutamente delicioso, Irene —afirmó Marion, que a su propio juicio era una cocinera excelente. Había traído una tarta Bakewell a modo de obsequio—. Si cierro los ojos es como si estuviera en Bolonia.

«Ojalá estuvieras allí», pensó Edmund. De manera que ahora era «Irene». La última vez que había estado en casa aún la llamaba «señora Litton». Marion llevaba el cabello más rojo y más oscuro que a

principios de semana y su pequeño rostro de tití tenía un maquillaje más intenso. Edmund nunca había conocido a una mujer tan inquieta como ella. No podía estar ni cinco minutos quieta en el mismo sitio, siempre iba de un lado a otro con sus piernas como palillos y sus tacones chupete.

—No debes sentirte obligado a acompañarme —le dijo después de haber servido y retirado el café. Otra primera vez.

—No hay problema —repuso su madre, como si fuera a acompañarla ella—. Imagínate que te pasara algo. Nunca se lo perdonaría.

Sonrió. Miró a Marion con expresión de complicidad, con cara de decir «¿No ves que está deseando ir contigo?». Entonces Edmund lo supo. Marion era para él. Era el regalo que había elegido su madre. Probablemente no fuera así desde el principio, cuando se conocieron uno o dos años atrás, sino quizá de unos seis meses a esta parte. Y él, como un idiota, no lo había visto venir. Ahora se daba cuenta. Marion era mayor que él, pero no más de unos cinco o seis años. Sería su novia, luego su prometida y al cabo de uno o dos años su esposa, una esposa que estaría encantada de compartir una casa con la madre de él.

Las situaciones desesperadas exigen medidas desesperadas. Acompañó a Marion hasta el pie de la colina, escuchando a medias su cháchara sobre la artritis de su madre y lo valiente que era la mujer (como si Irene tuviera noventa años y no sesenta y dos), seguido por las últimas actividades del viejo señor Hussein y la anciana señora Reinhardt. Edmund se pasó todo el rato cavilando sobre los pasos que debía seguir. Frente a la estación, al darle las gracias por haberla acompañado, Marion alzó el rostro muy cerca del suyo. ¿Acaso esperaba que la besara? Edmund retrocedió, le dio las buenas noches y la dejó allí.

—Es una mujer muy dulce —comentó su madre—. O quizá debería decir una joven. —Hizo una pausa para dejar que sus palabras hicieran mella—. Tenemos un vecino nuevo. Hoy he visto que se mudaba. Un tal Fenix. Marion dice que ha pagado más de un millón por esa casa, y si ella lo dice...

Al día siguiente, en la residencia para enfermos terminales, Edmund estudió a sus compañeras enfermeras. Estaban todas casadas o vivían con sus novios. A la hora del descanso de media mañana bajó al departamento de restauración a buscar un pedazo de pan de

jengibre o de *strudel* para tomarse con el café. La Residencia Jean Langholm era famosa por la gran calidad de su comida. Tal como decía Michelle, una de las cocineras, «Afrontémoslo, la gente viene aquí a morir. Lo menos que podemos hacer es que sus últimas comidas sean excelentes».

Michelle ayudaba a Diane a preparar las verduras, lavando brécol y raspando zanahorias. Heather, la jefa de cocina, estaba elaborando unas tortas finas como obleas para la comida. Edmund se acercó a Heather, como hacía a veces, para preguntarle cómo estaba y hablarle del señor Warriner, un paciente de cáncer que tenía en su pabellón y por el que ella había mostrado cierto interés. Ella se limitó a sonreír en respuesta a su primera pregunta y asintió con la cabeza al escuchar las novedades sobre el señor Warriner. Era una chica tranquila, feúcha de cara, calmada y apacible, robusta y corpulenta sin ser gorda. Siempre tenía el aspecto de que acababa de tomar un baño y lavarse el pelo. Sus ojos eran del mismo color azul que el de los motivos chinos de la porcelana y tenía un hermoso y abundante cabello rubio que llevaba en forma de melena corta con flequillo. Ella le preguntó si había venido en busca de pastel y si podía ofrecerle un pedazo de bizcocho de almendras o de pastel Battenberg. Edmund optó por el Battenberg y entonces le dijo:

—¿Te gustaría salir a tomar una copa una tarde?

Ella se sorprendió de que se lo preguntara. Edmund se dio cuenta.

—De acuerdo —respondió.

—Bien, ¿esta tarde?

No tuvo que pensárselo. Se lo quedó mirando fijamente.

—Si quieres...

—¿A qué hora terminas aquí?

—A las seis.

—Bajaré a buscarte a las seis.

Eso implicaba que tendría que quedarse rondando por arriba una hora más, pero daba igual. Podría tener una charla con el señor Warriner sobre su hijo, su perro y su otrora magnífica colección de sellos. Por horrible que pudiera ser la velada, por muchos silencios prolongados y miradas cabizbajas que hubiera, no se trataría de

Marion y sus tonterías. No sería un paso hacia la trampa que su madre y Marion le estaban tendiendo.

—¿Qué te parece? —dijo Ismay—. Heather tiene novio.

Andrew estaba sirviendo el vino y se quedó tan asombrado que dejó rebosar la copa. Ismay corrió a buscar una toalla al cuarto de baño. Él se rió y le dio un beso.

—¿Quién es este héroe?

—¡Vamos, Andrew! Eso no está bien. Es mi hermana. Aunque tú no la quieras, yo sí.

—Lo siento, cariño. Supongo que pienso en la manera en que es probable que trate a otros tipos a juzgar por cómo me trata a mí. Es una experta en el silencio continuo. No tendría tanta importancia si no viviera contigo. —Andrew le pasó una copa, tomó asiento a su lado y encendió un cigarrillo. Ismay no aprobaba que nadie fumara excepto Andrew. A ella le parecía que fumaba con la misma elegancia que un actor de películas de Hollywood de los años treinta—. ¿Sabes qué? —dijo él—. Creo que merezco que se me reconozca el mérito de haberme quedado después de enterarme de que aquella gorgona que me encontré arrellanada en este sofá era tu hermana y compañera de piso. De acuerdo, no quiero ofenderte, sabes que te quiero. ¿Quién es él? Cuéntame.

—Es enfermero.

—Bromeas. ¿Quieres decir un enfermero varón?

—Pues claro que es un enfermero varón si es un hombre, Andrew. Es enfermero en la Residencia Jean Langholm donde trabaja Heather.

—Con razón. ¿Lo conoces?

—Aún no. Se llama Edmund Litton y por lo visto posee todas las titulaciones en enfermería que se pueden obtener. Vive en West Hampstead y tiene treinta y tres años.

—¿Cómo consigues toda esta información de una pared? Yo a duras penas logro arrancarle una palabra. Lo cual es todo un contraste con la forma en que tú cotorreas. Para ser sincero, a veces me pregunto si realmente es tu hermana. Tal vez la sustituyeran al nacer.

Tú eres encantadora y ella no es precisamente un cuadro al óleo, ¿verdad?

—¿Que no es qué?

—Es una expresión que usaba mi abuela. A mí me gusta mucho. Es muy gráfica. Sólo hay otra cosa que quiero saber. ¿Va a casarse con ella? ¿Este valeroso profesional de la medicina se casará con ella y se la llevará de aquí para que tú y yo podamos irnos a vivir juntos como llevo todo este último año intentando que hagamos?

—Pues diría que no, Andrew —respondió Ismay—. Él vive con su madre.

Era una casa bastante grande, una reliquia de mediados de los años treinta. Irene Litton nunca hubiera esperado que su hijo viviera con ella en un apartamento o en algún sitio pequeño. O al menos eso era lo que se decía a sí misma. Pero estaba claro que si tenía una casa de cuatro dormitorios a tu disposición sería sencillamente insensato no ocuparla... bueno, con sensatez. A pesar de tener todos esos certificados y diplomas, Edmund no ganaba mucho. Claro que si hubiera sido médico, como su padre y ella querían... Tal como estaban las cosas, francamente habría sido una estupidez que con su sueldo pagara la hipoteca de un piso. Por supuesto, dejando de lado el enorme cariño que le tenía a la casa de Chudleigh Hill y el hecho de que había sido su hogar durante treinta y seis años, el hogar al que se había mudado recién casada, podría haberla vendido y haber repartido con Edmund lo que sacara. Pero él no lo habría permitido. Tenía demasiado respeto por los sentimientos y los recuerdos de su madre.

Además, ella no viviría mucho más tiempo. No llegaría a vieja. Siempre lo supo, desde que nació Edmund y lo pasó tan mal, treinta y ocho horas de parto. Habían ido a preguntarle a su marido a quién debían salvar, si a su esposa o a su hijo nonato. Él había respondido que a su esposa, por supuesto. Resultó que, tras sufrir unos dolores de pesadilla, cuando creyó que se moría, el niño nació y ella seguía aún con vida. Sin embargo, desde ese momento supo que su constitución no era fuerte. No podía serlo considerando todas las cosas que

le pasaban: migrañas que la confinaban a la cama durante días enteros, un dolor de espalda que Edmund decía que no se debía a la artritis ni a la escoliosis (aunque él no era médico), una encefalomiелitis miálgica que la hacía sentirse permanentemente cansada, indigestión ácida, un entumecimiento en las manos y en los pies que sabía que señalaba el inicio de un párkinson y, últimamente, ataques de pánico que le daban unos sustos de muerte.

No se había esperado vivir hasta los cincuenta. Milagrosamente los había cumplido y sobrepasado, pero la cosa no podía continuar así durante mucho más tiempo. Cuando muriera, dentro de unos dos o tres años, la casa y todo su contenido serían de Edmund. Había tenido la esperanza de que fueran también de Marion, pero eso no iba a ser posible. Bueno, los jóvenes tenían que tomar sus propias decisiones. Y cometer sus propios errores. Esperaba, por el bien de Edmund, que no se hubiera equivocado al elegir a esa tal Heather. La había traído a casa, a Chudleigh Hill. No podía decir exactamente que lo había hecho para que ella conociera a su madre. No había duda que a él le habría dado vergüenza, pues la chica era un tanto falta de soltura, por no decir algo peor, con unos ojos azules de mirada desconcertante que brillaban en exceso. Podía decirse que tenía una mirada «grosera», pensó Irene, satisfecha con la frase. Irene se los había encontrado a los dos cuando bajaban del piso de arriba. Fue un sábado a media tarde, de modo que era imposible que hubieran estado haciendo algo indebido. Edmund no haría eso. No lo haría antes de estar casado. O quizá, pensó Irene con valentía, adaptándose a los nuevos tiempos, no antes de estar prometido.

—Ésta es Heather, madre —dijo Edmund.

—¿Qué tal estás?

La chica dijo «Hola, señora Litton» en un tono demasiado informal para su gusto.

Irene pensó que tenía un cabello bonito pero, por lo demás, muy atractiva no era.

—¿Puedo ofrecerles un poco de té?

—Nos vamos al cine —repuso la chica.

—¡Estupendo! ¿Qué vais a ver?

—*El mensajero del miedo.*

—¡Ah, me encantaría verla! —comentó Irene—. Sale Nicole Kidman, ¿verdad?

—Me parece que no. —Heather apartó la mirada de Edmund y se volvió hacia ella con una sonrisa—. ¿Nos disculpa, señora Litton? Tenemos que irnos. Vamos, Ed, o llegaremos tarde.

¡Ed! Nadie lo había llamado nunca por ese nombre. No pudo evitar pensar en lo distinta que hubiera sido Marion. Para empezar, Marion sin duda le habría pedido que los acompañara cuando ella dijo que le encantaría ver esa película. Era lo correcto. Y ahora que lo pensaba, podría habérselo pedido Edmund. Sintió un dolor agudo en la zona de la cintura y notó el cálido sabor de la bilis en la garganta. Se preguntó si era posible que tuviera cálculos biliares. Cuando Edmund volviera a casa se lo preguntaría y él lo sabría, aunque no fuera médico.

Ismay se despertó en mitad de la noche, después de que Andrew se hubiese marchado, y le resultó imposible volverse a dormir, por lo que se quedó acostada sola en la oscuridad pensando en su hermana. ¿Había alguna posibilidad de que este hombre pudiera casarse con Heather? Ella ni siquiera lo había considerado hasta que Andrew lo sugirió. Edmund y Heather llevaban menos de un mes saliendo juntos. Sin embargo, a Heather parecía gustarle, y andaba siempre por ahí con él. Desde que se habían mudado al piso, Ismay nunca la había visto ausentarse con tanta frecuencia como ahora. Y aunque Heather había tenido uno o dos novios cuando asistía a la academia de cocina, que Ismay supiera no había sido nada ni remotamente serio.

Se levantó para ir al baño. Rompía el alba y con ella la luz grisácea que precede a la salida del sol. Heather había dejado la puerta de su dormitorio abierta e Ismay se detuvo a mirar a su hermana que dormía profundamente. Su hermoso cabello cubría la almohada, que parecía un cojín de seda dorada, y su mano derecha, fuerte y capaz, estaba extendida al lado. Era muy pronto para pensar en que Edmund se fuera a casar con ella pero, por otra parte, nunca se había dado una situación semejante con anterioridad. Ismay reconoció que en cierto modo había dado por sentado que Heather nunca tendría una rela-

ción sería, mucho menos casarse. Cuando se preguntó a sí misma por qué, la respuesta que halló fue poco convincente. Porque se trataba de Heather, porque no era como las otras chicas, porque ella no resultaba atractiva a los hombres. Sin embargo, para Edmund sí debía de serlo.

Por supuesto, ella nunca se había comprometido a estar con Heather, las dos juntas para siempre. Eso no hubiera tenido ningún sentido. Heather era una persona independiente, perfectamente capaz de cuidar de sí misma, de vivir sola y suponía que también de ser una esposa. Ni siquiera debería pensar en ella del modo en que lo hacía Andrew, como en alguien vagamente incapacitado. Podía separarse de Heather y serían como cualquier otra pareja de hermanas que se querían, claro está, pero que no estaban atadas la una a la otra...

Lo que pasaba era que era de madrugada, que eran las cinco de la mañana, una hora disparatada y triste. Volvió a la cama y se quedó allí tumbada, con los ojos abiertos a la pálida luz grisácea, dándose cuenta, por fin, de que aquello no tenía nada que ver con la hora del día, ni con el hecho de que quisiera vivir con Andrew, ni con el temperamento de Heather. Tenía que ver con lo que Heather había hecho doce años atrás. Lo que debía de haber hecho, lo que seguramente hizo, más allá de toda duda.

Sólo lo sabían ellas tres. Su madre, Heather y ella. Dicho conocimiento había llevado a su madre a cruzar el límite y a sumirse en las tinieblas de la esquizofrenia. Su madre y ella habían hablado de la participación de Heather, de su culpabilidad, pero siempre entre ellas, nunca con Heather. Guy podría seguir vivo, encontrarse en la otra punta del mundo, estar perdido o haber desaparecido, para lo que Heather hablaba de él o de su muerte, incluso para lo que al parecer lo recordaba. Sin embargo, Guy sí estaba muerto, y debido a Heather. A veces Ismay tenía la sensación de que lo sabía como si hubiera presenciado el acto y, otras, que lo sabía porque no cabía otra posibilidad.

Si Heather se casaba con Edmund Litton, ¿habría que contárselo a él? Ésa era la gran pregunta. ¿Podía dejar que aquel hombre en apariencia simpático, bueno e inteligente —o, llegado el caso, cual-

quier otro hombre— aceptara a Heather sin saber lo que había hecho ella? Pero, si lo sabía, ¿la aceptaría igualmente? «Quiero a mi hermana —susurró para sus adentros en la oscuridad—. Diga lo que diga Andrew, es adorable. No puedo soportar herirla, privarla de la felicidad, aislarla de la vida, como encerraban antes a las chicas en los conventos sólo porque... Veamos, un momento, ¿porque ahogó a una persona?»

Oyó que Heather se levantaba y se dirigía a la cocina sin hacer ruido. ¿Debía transferir la tutela de Heather a Edmund, aunque fuera a regañadientes? «Todavía es pronto», se dijo, pero no pudo volver a conciliar el sueño.